



“La relación con el obispo Manuel Fernández de Santa Cruz”

p. 93-116

Sor Juana ante la muerte

Gisela von Wobeser

Ciudad de México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

Estampa Artes Gráficas

2021

240 p.

(Historia Novohispana 115)

ISBN UNAM 978-607-30-5519-2

ISBN Estampa Artes Gráficas 978-607-8740-25-3

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de octubre de 2022

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/775/sorjuana_ante.html

D. R. © 2022. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



Capítulo 4

LA RELACIÓN CON EL OBISPO MANUEL FERNÁNDEZ DE SANTA CRUZ

Muchos aspectos de la vida de sor Juana quedaron ocultos al perderse la correspondencia que sostuvo con personas pertenecientes a muy distintos medios. Una excepción es el intercambio epistolar que tuvo con el obispo poblano Manuel Fernández de Santa Cruz, del cual se conservan copias de tres cartas que él le mandó, así como la famosa y multicitada "Respuesta a sor Filotea de la Cruz" (publicada después de su muerte en *Fama y obras póstumas*) que ella le escribió, la cual contiene la principal información sobre su vida. Como estas cartas dan algo de luz sobre sus años finales y sobre la forma en que murió, me refiero a ellas en este capítulo.

El obispo Manuel Fernández de Santa Cruz fue una personalidad muy influyente en el medio eclesiástico novohispano. Mantuvo vínculos estrechos con los clérigos más destacados de la época, entre ellos el arzobispo de México Aguiar y Seijas, Núñez de Miranda y los directores de las principales órdenes religiosas; editó un gran número de libros e impulsó numerosas obras de arte durante su gestión, y fue muy respetado y amado por sus feligreses.

En cuanto a sus ideas y su postura ante la vida, Santa Cruz fue un claro representante del clero tridentino contrarreformista. Como teólogo suscribía la corriente espiritual del misticismo teológico. Compartía la idea de san Francisco de Sales de que la "teología escolástica sólo enseña a conocer a Dios y la mística, a amarle; la especulativa sólo trata de Dios con los hombres y entre los hombres, la mística sólo trata de Dios con Dios y en el mismo Dios. De manera que la una saca a sus cursantes sabios y teólogos,



y la otra, ardientes enamorados y amantes de Dios".¹ Comulgaba con las ideas planteadas por el misionero jesuita irlandés Miguel Godínez (cuyo nombre original era Michael Wadding) en su obra *Práctica de la teología mística*, que Santa Cruz editó en 1682.² La teología mística planteaba que Dios se "comunica" con las almas a través de experiencias sobrenaturales, entre las que se contaban favores, visiones, raptos, arrobamientos, vuelos, premoniciones, profecías y revelaciones. Mediante esas experiencias les infunde la "sabiduría mística". Las experiencias místicas constituyen un don de Dios, por lo que no pueden obtenerse por voluntad propia ni con "la sabiduría en las cátedras", es decir, con la razón, como pretende la escolástica. Sin embargo, el camino para favorecerlas consiste en llevar una vida ascética y una conducta virtuosa.

Aunque Santa Cruz se empeñaba en que sus "protegidas" avanzaran hacia la perfección religiosa por medio de una severa ascesis y la aniquilación de su voluntad, no se aplicaba estas reglas él mismo. Le gustaba la buena vida, vestía con elegancia, amaba la cultura y el arte, y su pasatiempo predilecto era la teología. En una carta dirigida a su confesor (publi-

1 San Francisco de Sales, *Práctica*, libro 6, capítulo 1, citado por Joseph de Francia Vaca, "Aprobación del señor doctor don Joseph de Francia Vaca, en Ramos, *Los prodigios de la omnipotencia y milagros de la gracia en la vida de la venerable sierva de Dios Catarina de San Juan*, Puebla / México, Imprenta Plantiniana de Diego Fernández de León, 1689, 1690 y 1692, edición facsimilar, México, Sociedad Mexicana de Bibliófilos / Centro de Estudios de Historia Condumex, 2004, s.p. Según Francisco de la Maza, Fernández de Santa Cruz se sabía de memoria las obras de Sales. *Sor Juana Inés de la Cruz ante la historia*, p. 71. Las ideas de Sales sobre la vida femenina, y en particular sobre la de las religiosas, se encontraban principalmente en la *Introducción a la vida devota*, dirigida a Filotea ("amiga de Dios", en griego), de donde tomó su seudónimo el obispo poblano.

2 Godínez influyó de manera poderosa en el ambiente religioso novohispano. El provincial dominico Juan de Gorospe opinaba que era "tesorero de la gracia de conocer espíritus, de hacer místicos, en la teología mística prefecto y regente de los catedráticos de prima, porque los más graduados de las universidades callan cuando habla; los más doctos de todas las religiones se convencen cuando resuelve; los más experimentados de toda la Nueva España se sujetan cuando aprueba". En "Aprobación del muy reverendo fray Juan de Gorospe", en Alonso Ramos, *Primera parte de los prodigios de la omnipotencia y milagros de la gracia en la vida de la venerable sierva de Dios Catarina de San Juan*, edición facsimilar, México, Centro de Estudios de Historia Condumex / Sociedad Mexicana de Bibliófilos, 2004, s.p.

cada por su biógrafo Miguel de Torres) escribe que no era especialmente devoto ni llevaba una vida ascética. Relata que, por las noches, después de liberarse de sus tareas diocesanas, solía ocuparse de sus estudios teológicos, en vez de rezarle a Dios y servirle mortificándose. Reconoce que "en esto hay infinitas faltas, porque me entrego con ansia y nimiedad a los libros, conservando poca o ninguna presencia de Dios". También admite que "en la oración regularmente padezco distracciones, conténtome con lo que Dios me da y reconozco que debía estar en el infierno", y dice que no va por "el camino de la humanidad de Cristo" y que "las mortificaciones corporales son ningunas".³

1. Manuel Fernández de Santa Cruz y las mujeres

Paralelamente a sus obligaciones diocesanas, el obispo Santa Cruz se ocupaba de velar por el bienestar de las mujeres y encaminarlas hacia la perfección religiosa. Como ya se dijo, compartía la preocupación de muchos prelados de su tiempo por la "relajación" de los conventos novohispanos, y pretendió reformarlos. Con la colaboración de sor María de San José, introdujo la reforma monástica femenina de las agustinas recoletas, que tuvieron fundaciones en Puebla y en Oaxaca. Asimismo, elaboró una "Regla para el convento de religiosas de San Jerónimo de Puebla", que tenía la finalidad de extirpar las "malas prácticas" que había en él y que insiste en la necesidad de que las religiosas respeten cabalmente los cuatro votos a los que estaban obligadas: obediencia, pobreza, castidad y clausura.⁴ En el

³ Miguel de Torres, *Dechado de príncipes eclesiásticos, que dibujó con su ejemplar, virtuosa y ajustada vida el ilustrísimo y excelentísimo señor don Manuel Fernández de Santa Cruz y Sahagún e Cuenca. Canónigo magistral de la santa Iglesia de Segovia. Electo para el obispado de Chiapa. Obispo de Guadalajara y de la Puebla de los Ángeles. Presentado al arzobispado de México, y nombrado virrey de Nueva España, honores, que renunció constase*, Madrid, Manuel Román, 1722, pp. 397-398.

⁴ Manuel Fernández de Santa Cruz, *Regla del glorioso doctor de la Iglesia san Agustín, que han de guardar las religiosas del convento del máximo doctor san Jerónimo de la Puebla de los Ángeles y los demás que se fundaren del mismo instituto, con las ordenanzas y constituciones que en su ejecución y declaración han hecho los ilustrísimos y reverendísimos señores obispos de la Puebla de los Ángeles. Mandadas guardar y reducidas a buena y clara disposición*, Puebla, Herederos del Capitán Juan de Villa Real, 1701, ff. 3r.-4r.



prólogo dice que las monjas debían estar "siempre mereciendo y padeciendo con alegría; siempre penando y gozando con consuelo, favorecidas de la Virgen como hijas amadas de su Hijo, como esposas, respetadas de los ángeles [...], en que perseveren hasta la muerte, para vivir en su agrado y pasar en los brazos de su Esposo al eterno descanso de la gloria".⁵

Como parte de su apostolado, Santa Cruz fundó diversas escuelas y recogimientos en los dos obispados que presidió (Guadalajara y Puebla), los cuales pobló de mujeres que seleccionó entre las mejores familias del virreinato. Procuró que fueran vírgenes virtuosas y bellas. Mantenía correspondencia con muchas de ellas, entre las que había monjas, colegiales y abadesas, a las que guiaba espiritualmente. Las 34 cartas publicadas por Miguel de Torres en el *Dechado de príncipes eclesiásticos* son testimonios valiosos sobre la manera en que el obispo trataba de controlarlas y someterlas a su voluntad. De Torres omite nombres y cargos de las destinatarias (con excepción de la carta dirigida a sor Juana), ya que muchas todavía estaban vivas cuando escribió la hagiografía de Santa Cruz.⁶ El tema central de todas estas cartas es la perfección religiosa. Recuerda a las mujeres que, como esposas de Cristo, debían servirle y vivir exclusivamente para él, lo que implicaba la anulación del propio ser mediante la aniquilación de los deseos, afectos y necesidades terrenales, y la ciega obediencia a los superiores. Por ejemplo, a una de ellas le escribe: "No debes querer más que el gusto de Dios, sin querer ni quietud ni luces, ni otra cosa que el beneplácito de Dios, que es lo que dice san Francisco de Sales de la estatua, que si tuviera conocimiento y la preguntaran qué hacía en su nicho inmóvil respondiera que estarse allí porque gustaba su dueño el estatuario, que aunque no hacía nada le bastaba que su dueño le mirase, porque no quería más que estar al gusto de su dueño".⁷ Llama la atención el tono impositivo y el lenguaje llano, directo y carente de

5 Manuel Fernández de Santa Cruz, "Dedicatoria a las madres prioras y religiosas...", citado por Bravo, *La excepción y la regla*, p. 85.

6 Lo más probable es que la fuente de Miguel de Torres hayan sido los borradores de las cartas que escribía el obispo o alguno de sus oficiales, de los cuales hoy se encuentran varios en la Biblioteca Palafoxiana de Puebla. *Dechado de príncipes eclesiásticos...*, pp. 399-444.

7 De Torres, *Dechado de príncipes eclesiásticos...*, p. 389.

fórmulas de cortesía que Santa Cruz utiliza en las cartas, incluso con las que eran abadesas de sus conventos.

No sabemos qué interés perseguía el obispo con conducir espiritualmente a esas mujeres. Tal vez tenía la esperanza de que la "santidad" que ellas lograran contribuyera a que él salvara su propia alma, ya que sus actividades y compromisos mundanos le impedían dedicar suficiente tiempo a Dios (o al menos esa era la excusa que él mismo se daba).⁸ Así, en 1694 dispuso que después de su fallecimiento le extrajeran el corazón para enterrarlo en el coro del convento de Santa Mónica de Puebla (institución que él había fundado) con el propósito de que las "intachables" monjas agustinas recoletas rezaran continuamente por su alma.⁹ Esperaba que los sufrágios de ellas contribuyeran a que saliera pronto del purgatorio, cuya estancia temía que fuera muy dilatada. En correspondencia, les ofrecía abogar por su salvación una vez que hubiera alcanzado el cielo.¹⁰ Pero también es posible que su motivación fuera más terrenal. Margo Glantz cree que fue la manera en que él transformó sus deseos eróticos insatisfechos en amores platónicos, paternales, tendientes a proteger a las mujeres, salvarlas del pecado y guiarlas a la salvación eterna.¹¹

La relación que Santa Cruz tuvo con sor Juana fue diferente, ya que la trataba con respeto y le demostraba admiración. La había conocido personalmente durante uno de sus viajes a la ciudad de México, cuando fue a visitarla a su convento, y decía que desde que le había besado la mano en aquella ocasión, vivía enamorado de su alma. El hecho de que le encargara obras para las catedrales de Puebla y Oaxaca demostraba que apreciaba

⁸ Fernández de Santa Cruz se basaba en la idea de que los vivos ayudaban a las ánimas del purgatorio (mediante sufrágios) a lograr su liberación de aquel lugar, y que éstas, una vez en el cielo, pagaban los favores recibidos apoyando a los vivos y a las almas del purgatorio.

⁹ Margo Glantz, "Las ascesis y las rateras noticias de la tierra: Manuel Fernández de Santa Cruz, obispo de Puebla", *Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes*, http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/01715074215696162992257/p0000001.htm#I_0_, consultado el 17 de octubre de 2019.

¹⁰ El convento de Santa Mónica de Puebla se fundó a instancias del obispo Santa Cruz. Bravo, *La excepción y la regla*, p. 92; De Torres, *Dechado de príncipes eclesiásticos...*, pp. 399-444.

¹¹ Glantz, "Las ascesis...", p. 279.



su trabajo. El haber publicado con su propio dinero la *Carta atenagórica* representó una gran distinción que muchos hubieran deseado.

Sor Juana debió sentirse halagada y valorada por él. No olvidemos que ella era una simple monja y Santa Cruz, el clérigo más importante del reino, después del arzobispo de México. Esto debe haberle dado la confianza de sincerarse con él y de pedirle consejo, como veremos adelante. Sin embargo, de la compleja personalidad de Santa Cruz, sor Juana debió haber conocido principalmente su faceta de funcionario eclesiástico y amante de los libros, y seguramente desconocía el sometimiento en el que mantenía a sus "protegidas".

2. La censura de Fernández de Santa Cruz en la "Carta de sor Filotea"

La "Carta de sor Filotea de la Cruz a sor Juana Inés de la Cruz" tiene la singularidad de ser la única impugnación detallada y articulada que conocemos sobre la vida y obra de sor Juana, en la que no sólo se muestra lo que pensaba Santa Cruz de las actividades mundanas de Juana, sino que se refleja la postura que tenía la mayoría de los clérigos y, en general, la sociedad.

Para convencer a sor Juana de que debía cambiar el rumbo de su vida, Santa Cruz se valió de una hábil estrategia discursiva, mediante la cual la censura a partir del halago y la aprobación. Así, en apariencia se solidariza con ella, cuando en realidad desaprueba su carrera literaria porque contradecía lo que él pensaba sobre el deber ser de las monjas y, en general, de las mujeres.

La misiva empieza con un tono sumamente elogioso. El obispo alaba "la viveza de los conceptos, la discreción de sus pruebas y la enérgica claridad con que vence el asunto, compañera inseparable de la sabiduría", y dice que Vieyra, así como César Meneses, a quienes ella había cuestionado, "pudieran gloriarse de verse impugnados de una mujer, que es honra de su sexo".¹² Y vaya que era halagüeño comparar a una monja autodidacta con dos de los teólogos más reconocidos de su tiempo. Pero enseguida le recrimina que no esté más agradecida con Dios porque sus talentos se los debía

¹² Fernández de Santa Cruz, "Carta de sor Filotea de la Cruz a sor Juana", p. [3]. Véase al respecto, Soriano, *Sor Juana Inés de la Cruz. Doncella...*, p. 336.

a él y, por ende, era preciso que le correspondiera de mejor manera. Alude aquí a la extendida idea de que Dios esperaba que los hombres le retribuyeran los dones recibidos mediante sacrificios. Recuerda a sor Juana que ella debería aplicar a sí misma lo que escribió en su texto "quien más ha recibido de Dios está más obligado a la correspondencia" y le dice: "temo se halle vuestra merced alcanzada en la cuenta".¹³

Después de asegurarle que no la censura por su actividad poética y de comparar su habilidad para versificar con la de santa Teresa de Jesús y de san Gregorio Nacianceno, le reclama que sólo se parezca a ellos en lo formal de su poesía y no "en la elección de los asuntos", es decir, objeta que escriba poesía profana y no sacra.¹⁴

Sobre el hecho de que fuera literata siendo mujer asegura enfáticamente: "No apruebo la vulgaridad de los que reprueban en las mujeres el uso de las letras", para inmediatamente después recordarle que san Pablo prohibió a las mujeres que enseñen, porque quiso prevenir en ellas "el riesgo de la elación", y subraya que "letras que engendran elación no las quiere Dios en la mujer"¹⁵ y puntualiza que las que sí acepta el apóstol son "las que no sacan a la mujer del estado de obediente".¹⁶ Aprovecha aquí para contraponer su falta de obediencia a la de las demás religiosas y dice que mientras estas últimas por "obediencia sacrifican la voluntad", ella "cautiva el entendimiento".¹⁷

Prosigue con la misma táctica de conceder para luego criticar, al decirle que él no pretende que ella renuncie a la lectura, pero sí que mejore la selección de los libros "leyendo alguna vez el de Jesucristo", es decir, la Sagrada Escritura. Asegura que las "letras humanas" deben estar subordinadas a las divinas y le recrimina haber gastado su tiempo en el estudio de filósofos y poetas.¹⁸ Ejemplifica la inutilidad del conocimiento profano al sostener que los avances científicos logrados por los egipcios sólo les sirvieron para "perfeccionar al hombre en la vida política", pero fueron

13 Fernández de Santa Cruz, "Carta de sor Filotea de la Cruz a sor Juana", p. [4].

14 Fernández de Santa Cruz, "Carta de sor Filotea de la Cruz a sor Juana", p. [4].

15 Elación: altivez, presunción, elevación y grandeza.

16 Fernández de Santa Cruz, "Carta de sor Filotea de la Cruz a sor Juana", pp. [4-5].

17 Fernández de Santa Cruz, "Carta de sor Filotea de la Cruz a sor Juana", pp. [4-5].

18 Fernández de Santa Cruz, "Carta de sor Filotea de la Cruz a sor Juana", pp. [5-6].



inútiles "para conseguir la eterna"; acaba decretando: "y ciencia que no alumbra para salvarse, Dios, que todo lo sabe, la califica por necesidad".¹⁹

A pesar de que las jerónimas de México no estaban dentro de la jurisdicción del obispo poblano, él propone a sor Juana algunas directrices de su conducta, que debía seguir en adelante. Parte del principio de que el estudio de cosas profanas debe estar subordinado al de las divinas, por lo que le recomienda que no se deje absorber por las primeras. Considera a la "curiosidad" un vicio y afirma que a san Jerónimo lo azotaron los ángeles por leer a Cicerón, ya que prefirió "el deleite de su elocuencia a la solidez de la Sagrada Escritura", aunque acepta que el santo aprovechó la "erudición profana que adquirió en semejantes autores".²⁰ Recrimina a sor Juana el haber dedicado demasiado tiempo a las "ciencias curiosas", a "las rateras noticias de la tierra", es decir, las cuestiones terrenales, en vez de ocuparse de "lo que pasa en el cielo" y de lo que sucede en el "infierno", es decir, le recuerda la posibilidad de resultar condenada. Le dice que en adelante debía pasar a las ciencias "provechosas, juntando a las sutilezas de la natural, la filosofía moral", y más específicamente le sugiere que "aplique su entendimiento al Monte Calvario, donde viendo finezas del Redentor e ingratitudes del redimido" pueda expresar su amor a Dios, "no sin lágrimas, contra la ingratitud, que llega a lo sumo".²¹ Aquí se vale de la estrategia persuasiva de los *Ejercicios espirituales*, que a partir del reconocimiento de la pasión de Cristo (llevada a cabo para salvar a la humanidad), los ejercitantes debían mostrarle su agradecimiento sirviéndole mediante sacrificios equivalentes, que significaban manifestaciones de amor.²²

Termina la carta diciendo que ella debía percibir con su entendimiento "las perfecciones divinas", al mismo tiempo que se "vería ilustrada de luces su alma y abrasada su voluntad y dulcemente herida de amor de su Dios", para que él, que le ha concedido tantos beneficios en la vida terrenal, "no se vea obligado a concederle beneficios sólo negativos en lo sobrenatural",

19 Fernández de Santa Cruz, "Carta de sor Filotea de la Cruz a sor Juana", pp. [5-6].

20 Fernández de Santa Cruz, "Carta de sor Filotea de la Cruz a sor Juana", p. [6].

21 Fernández de Santa Cruz, "Carta de sor Filotea de la Cruz a sor Juana", p. [7]. Según el *Diccionario autoridades* (1737), el adjetivo "ratero" significa: "lo que va arrastrando por la tierra", <https://apps2.rae.es/DA.html>, consultado el 21 de abril de 2020.

22 Fernández de Santa Cruz, "Carta de sor Filotea de la Cruz a sor Juana", p. [7].

o sea, nuevamente le recuerda la posibilidad de que Dios la condene al infierno.²³ Difiere de la idea de sor Juana de que la mayor fineza que Cristo hizo a los hombres fue el libre albedrío, que Santa Cruz tiene más bien "por castigo", y explica que para él "sólo es beneficio el que Dios hace al corazón humano previniéndolo con su gracia, para que le corresponda agradecido, disponiéndose con un beneficio reconocido, para que no represada la liberalidad divina se los haga mayores".²⁴ Al final, el obispo (olvidando que estaba escribiendo bajo el seudónimo de sor Filotea) le asegura que el amor por ella permanecía intacto desde que la conoció.²⁵

En cuanto a su contenido, la "Carta de sor Filotea a sor Juana" no se aparta sustancialmente de las misivas que el obispo poblano enviaba a otras monjas para convencerlas de que su obligación era estar "muertas para el mundo", vivir para Dios y con eso ganarse el cielo. Aunque parece estar centrada en la recriminación que le hace de que escribía literatura profana en vez de religiosa (lo que por demás resulta contradictorio cuando la *Carta atenagórica* era un tratado teológico), una lectura cuidadosa revela que la verdadera intención de Fernández de Santa Cruz no fue inclinar la producción literaria de sor Juana hacia los asuntos sacros, sino llamarla al orden para que cumpliera con el papel que le correspondía como monja, que era retirarse de sus actividades mundanas para servir a Dios. Esto concuerda con el testimonio que al respecto dejó fray Miguel de Torres, sobrino carnal de sor Juana, en *Dechado de príncipes eclesiásticos*, la hagiografía que escribió sobre el prelado. Allí afirma que cuando éste se enteró de que a sor Juana la visitaban "muchas personas y de las de primera clase", y que corría su "fama por todas partes, aplaudiendo sus eruditos versos y filosofía", como era "tan celoso de que las esposas de Cristo no estuviesen todas empleadas en el trato interior de su celestial Esposo (como lo deben estar las religiosas), condolido y lastimado de que un sujeto de tan relevantes prendas estuviera tan distraído y convertido a las criaturas y no a Dios, resolvió escribirle la carta [de Sor Filotea]". Más tarde, al percatarse de que esta revelación no concordaba con la cautela que el propio obispo había tenido en el manejo de

23 Fernández de Santa Cruz, "Carta de sor Filotea de la Cruz a sor Juana", pp. [7-8].

24 Fernández de Santa Cruz, "Carta de sor Filotea de la Cruz a sor Juana", pp. [7-8].

25 Fernández de Santa Cruz, "Carta de sor Filotea de la Cruz a sor Juana", pp. [7-8].



este asunto, en la reedición de *Dechado de príncipes eclesiásticos* de 1772, retocó el texto y cambió la frase: "visitada de muchas personas y de las de primera clase" por "que su buena capacidad la empleaba frecuentemente en el estudio de libros profanos", es decir, dio a entender que lo que había molestado al obispo había sido la índole de los temas de su escritura y no las visitas que recibía.²⁶

3. Sor Juana responde a Santa Cruz y defiende su derecho de estudiar y escribir

Sor Juana dice que estuvo tentada a no contestar al obispo porque temía contrariarlo. Su elevada investidura le imponía gran respeto, además de que le estaba muy agradecida por haber publicado y costeado la *Atenagórica*. Sin embargo, conforme fueron pasando los días, la controversia en torno a esta obra fue aumentando y su estado emocional se volvió más vulnerable. Le molestaban las críticas y ataques a los que estaba expuesta, a la vez que aumentaba su incertidumbre sobre si su proceder era el adecuado.

Tras meditarlo mucho, a principios de marzo de 1691 (tres meses después de la publicación) decidió responder al obispo. Se dirigió a él bajo el mismo seudónimo de Filotea de la Cruz, lo que le permitió encontrar el tono adecuado para confiarle sus preocupaciones, simulando que le escribía a una correigionaria. El resultado fue la multicitada "Respuesta de sor Juana a sor Filotea de la Cruz", que se publicó nueve años después, en *Fama y obras póstumas*, y que se convirtió en el documento más importante sobre la vida de la monja jerónima. Se trata de una larga e íntima carta que aborda diversos temas referentes a su vida y su obra, entre ellos, la manera como desarrolló su intelecto, las dificultades que tuvo que sortear, las críticas y los ataques que enfrentaba y los conflictos que tenía²⁷ (véase el anexo 2).

26 Antonio Alatorre, "La carta de sor Juana al P. Núñez (1682)", en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, núm. 2, vol. 35, México, El Colegio de México, 1987, pp. 591-673. Véase el interesante trabajo de Elio Vélez Marquina, "Sor Juana Inés de la Cruz y la nueva ortodoxia del saber: acerca de la educación femenina en el debate sobre la *Carta atenagórica*", en *Revista de Literatura*, núm. 156, tomo 78, España, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2016, pp. 623-635.

27 *Fama y obras póstumas*, pp. 8-60.

Sor Juana relata al obispo que prorrumpió en "lágrimas de confusión" al recibir impresa la *Carta atenagórica*, ya que se sintió sumamente honrada y agradecida por esa tan inesperada publicación: "tan excesivo como no esperado favor [...], merced tan sin medida que aun se le pasara por alto a la esperanza más ambiciosa y al deseo más fantástico; y que ni aun como ente de razón pudiera caber en mis pensamientos; y en fin, de tal magnitud que no sólo no se puede estrechar a lo limitado de las voces, pero excede a la capacidad del agradecimiento, tanto por grande, como por no esperado".²⁸ En efecto, era insólito que un prelado tan reconocido y prestigiado publicara un tratado teológico de una monja autodidacta, y más que lo hiciera de su propio peculio. Publicar era muy costoso y muchos clérigos hubieran querido tener ese privilegio. A ella le pareció que el favor del obispo era una reconvención que Dios le hacía por lo mal que ella le correspondía, y que si a otros corregía mediante castigos a ella lo hacía mediante beneficios.²⁹

Estas frases revelan que en ella privó más el agradecimiento por el favor recibido que el enojo por el prólogo en el que el obispo la llama al orden o por el hecho de que la obra se haya publicado sin su consentimiento. Además, los reclamos de Santa Cruz no debieron extrañarle, porque formaban parte de la cultura religiosa de la época, y de alguna manera ella misma compartía esas creencias, como quedó manifiesto en el segundo capítulo y como se verá en algunas partes de la respuesta a la carta que nos ocupa.

Para justificarse frente al prelado y frente a sí misma, sor Juana le habla de su poderosa e irrefrenable "inclinación a las letras" (que llega a considerar un vicio), misma que había recibido como un don desde que nació y la cual la rebasaba y no podía controlar. Ejemplifica esta situación citando diversos pasajes de su vida, como el que aprendió a leer a escondidas de su madre, cuando aún no cumplía ni tres años; que quiso que la mandaran a la universidad en México disfrazada de hombre; que se privaba de comer golosinas cuando oyó que perjudicaban el entendimiento y que en el convento de San José enfermó gravemente, con lo cual logró salirse de ahí.

28 "Respuesta a sor Filotea de la Cruz", pp. 8-9.

29 "Respuesta a sor Filotea de la Cruz", p. 10.



Sor Juana justifica su actividad intelectual dentro del convento diciendo que la ha desarrollado en sus horas de asueto y sin descuidar sus obligaciones conventuales. Asegura que su único propósito fue "estudiar para ignorar menos: [...] Pues ¿en qué ha estado el delito, si aun lo que es lícito a las mujeres, que es enseñar escribiendo, no hago yo, porque conozco que no tengo caudal para ello".³⁰ Sostiene que, con excepción de "El sueño",³¹ los "Ejercicios de la Encarnación" y los "Ofrecimientos para la virgen de los Dolores", nada había escrito por iniciativa propia y que todo lo había hecho por mandato de terceros o como manifestación de agradecimiento.³² Ante la objeción de que ella se expresaba en verso, defiende su natural inclinación a versificar y legitima su uso al señalar que la mayoría de los libros sagrados están escritos en metro, que la Iglesia los usa en sus himnos, que de ellos se valieron san Ambrosio, santo Tomás y san Isidoro, entre otros, y que la misma Virgen había entonado el *Canto del Magnificat* en verso:³³ "Pues si está mal que los use una mujer y se ve cuántas los han usado loablemente, pues, ¿en qué está el serlo yo? Confieso desde luego mi ruindad y vileza, pero no juzgo que se habrá visto una copla mía indecente".³⁴

En relación con la llamada de atención del obispo de que ella se dedicaba a la literatura profana, dice que no abordaba la religiosa por sentirse poco capacitada para ello y por temer caer en manos de la Inquisición. Sin embargo, asegura estar dispuesta a enmendar esta situación y, en adelante, sólo escribir obras sagradas: "recibo en mi alma vuestra santísima amonestación de aplicar el estudio a libros sagrados, que aunque viene en traje de consejo, tendrá para mí sustancia de precepto".³⁵

Una parte considerable de la "Respuesta" está dedicada a defender su derecho, como mujer y monja, de cultivar su intelecto y hace extensiva su defensa a todas las mujeres. Exhibe las contradicciones de la misma Iglesia que, por una parte, se oponía al avance intelectual de las mujeres, y por la otra, celebraba el talento literario y recomendaba las obras de santas y

30 "Respuesta a sor Filotea de la Cruz", p. 50.

31 Se trata del "Primero sueño", *Segundo volumen*, pp. 147-276.

32 "Respuesta a sor Filotea de la Cruz", pp. 14-15.

33 "Respuesta a sor Filotea de la Cruz", p. 53.

34 "Respuesta a sor Filotea de la Cruz", p. 54.

35 "Respuesta a sor Filotea de la Cruz", pp. 12-13.

venerables como Teresa, Brígida, María de Ágreda y María de la Antigua, entre otras. Cita numerosos ejemplos de mujeres de la Antigüedad y cristianas que destacaron por su sabiduría. Por ejemplo, santa Gertrudis, que leía, escribía y enseñaba; santa Paula, doctora en lenguas hebrea, griega y latina; Falconia, que escribió un libro sobre los misterios de la fe; y la reina doña Isabel, que escribió de astrología, entre muchas otras.³⁶ Se opone a la idea generalizada de que las mujeres son ineptas y critica que la sociedad las haya dejado sin instrucción.³⁷ Exhorta a quienes, para oponerse al desarrollo de las mujeres, se escudan en la famosa frase paulina de *Mulieres in Ecclesiis taceant* (Las mujeres deben permanecer en silencio en las iglesias), a que interpreten correctamente las Escrituras y sitúen este dicho en el contexto histórico y costumbrista de la época de Jesucristo.³⁸ Critica a los hombres que, con sólo serlo, piensan que son sabios.³⁹ Para defender sus planteamientos se escuda en san Jerónimo, quien abogó por que las mujeres enseñen y aprendan.⁴⁰ Y para evitar que convivan con maestros, propone que sean ancianas las que se ocupen de su educación.⁴¹ Concluye "que no sólo es lícito, pero utilísimo y necesario a las mujeres el estudio de las sagradas letras, y mucho más a las monjas".⁴²

Respecto a los ataques recibidos por la publicación de la *Atenagórica*, dice que ella no ha contestado a las impugnaciones, pero que terceros lo habían hecho por ella, algunos con muy buenos argumentos, como un escrito muy docto que remite al obispo. Dice que ha soportado las críticas con paciencia, porque las ha tomado por mortificaciones que le "daban ocasión de merecer", es decir, de sufrir por Dios, con lo que abonaba para su salvación. Confiesa que le preocupaban más los aplausos que las críticas, porque tolerar estas últimas se puede convertir

36 "Respuesta a sor Filotea de la Cruz", pp. 40-41.

37 "Respuesta a sor Filotea de la Cruz", p. 42.

38 "Respuesta a sor Filotea de la Cruz", pp. 48-49.

39 "Respuesta a sor Filotea de la Cruz", p. 42.

40 "Respuesta a sor Filotea de la Cruz", pp. 44-45.

41 Sor Juana suscribe las limitaciones propias de la separación de los sexos acostumbrada en su época, por el peligro que corrían con "el manoseo de la intermediación", del cual podían resultar matrimonios desiguales. "Respuesta a sor Filotea de la Cruz", p. 45.

42 "Respuesta a sor Filotea de la Cruz", p. 52.



en mortificación agradable a Dios, mientras que las aclamaciones requerían que se hicieran "muchos actos reflejos de humildad y propio conocimiento para que no sea daño", es decir, para no caer en el pecado de la soberbia.⁴³

Sin embargo, no pudo contenerse de rebatir los argumentos esgrimidos en el mencionado escrito anónimo, de "Un soldado castellano".⁴⁴ Dice que ella no atentó en contra de la Iglesia ni se apartó de sus dogmas, que lo que hizo fue "referir sencillamente" lo que pensaba. En cuanto a la acusación de que se atrevió a tener una opinión contraria a la de Vieyra, dice que mayor atrevimiento fue el suyo de contradecir a tres santos padres de la Iglesia, y que su entendimiento es "tan libre como el suyo", ya que él no estaba en posesión de "alguno de los principios de la santa fe, revelados, para que le hayamos de creer [su opinión] a ojos cerrados". Niega la acusación de que haya faltado al decoro y afirma que no tocó "a la sagrada Compañía [de Jesús] en el pelo de la ropa".⁴⁵ En cuanto a que publicar sobre teología siendo autodidacta era falta de humildad, dice que no escribió el texto para que se publicara, sino sólo para la persona que se lo pidió (si lo hubiera sabido, hubiera perfeccionado el texto y "no fuera con tanto desaliño como fue") y que lo hizo con "repugnancia" porque temía abordar temas "sagrados" y tenía aversión natural a impugnar. Respecto a que la obra es herética, cuestiona a su atacante y lo reta a que la delate "y con eso él quedará vengado y yo contenta, que aprecio, como debo, más el nombre de católica y de obediente hija de mi santa madre Iglesia, que todos los aplausos de docta". Finalmente, con autocrítica, concuerda en que la *Atenagórica* es una obra imperfecta y deja en libertad a las personas de que discrepen o se burles de ella, "pues como yo fui libre para disentir de Vieyra, lo será cualquiera para disentir de mi dictamen".⁴⁶

43 "Respuesta a sor Filotea de la Cruz", pp. 57-58.

44 "Respuesta a sor Filotea de la Cruz", pp. 50-51.

45 El hecho de que sor Juana mencione que no tocó a la Compañía de Jesús "en el pelo de la ropa", permite concluir que la atacaban por ello. Vieyra era jesuita y lo era también Núñez de Miranda. Probablemente este último, u otros miembros de la orden, se sintieron agredidos porque ella no sólo contradijo a Vieyra, sino que, además, aunque sin señalarlo explícitamente, puso en entredicho que la mayor fineza de Dios hubiera sido la eucaristía. Para el propio Vieyra debe haber sido un choque verse impugnado por una monja autodidacta.

46 "Respuesta a sor Filotea de la Cruz", p. 51.

4. Preocupación de sor Juana por su felicidad eterna

En la "Respuesta a sor Filotea de la Cruz", además de referirse a su afición por las letras y de defenderse de las impugnaciones a las que estaba expuesta, sor Juana confió al obispo sus preocupaciones existenciales y le pidió consejo sobre el derrotero que debía seguir su vida. Dice textualmente que le abre "de par en par las puertas de su corazón, para revelarle lo que no había salido de su boca jamás" y se compromete con él a exponerle su situación con la mayor claridad y veracidad posible.⁴⁷ Así, en diferentes partes de la carta vuelve sobre el viejo dilema entre dedicarse enteramente a Dios, lo que considera su deber, o en seguir su "inclinación a las letras", lo que califica como un vicio "casi insuperable", una "negra inclinación".⁴⁸ Se lamenta de que el sufrimiento y las privaciones que soportó "muy gustosa (...) por amor a las letras", no lo haya padecido "por amor de Dios", que hubiera sido "lo acertado", para acumular merecimientos espirituales y avanzar en el camino de la perfección religiosa.⁴⁹

Vuelve a manifestar su preocupación por discernir entre las distintas y contrapuestas opiniones que había sobre este asunto entre sus defensores y detractores, y solicita al obispo que opine al respecto, asegurándole que asumirá su veredicto: "vivo siempre tan desconfiada de mí, que ni en esto ni en otra cosa me fío de mi juicio; y así remito la decisión a ese soberano talento, sometiéndome luego a lo que sentenciare, sin contradicción ni repugnancia, pues esto no ha sido más de una simple narración de mi inclinación a las letras".⁵⁰ Confiesa que le inquietaban particularmente las críticas de quienes le pronosticaban que se iba a "perder" e iba a caer desde la altura en la que estaba con la misma "perspicacia y agudeza" con que se había encumbrado. Incluso duda si, en su caso, los éxitos literarios son méritos, como los ve celebrar por tales en los hombres, o si son "culpas":⁵¹ "¡Rara especie de martirio donde yo era el mártir y me era el verdugo! Pues por la —en mí dos veces infeliz— habilidad de hacer versos, aunque

47 "Respuesta a sor Filotea de la Cruz", pp. 13-15.

48 "Respuesta a sor Filotea de la Cruz", pp. 26-27.

49 "Respuesta a sor Filotea de la Cruz", p. 19.

50 "Respuesta a sor Filotea de la Cruz", pp. 38-39.

51 "Respuesta a sor Filotea de la Cruz", p. 38.



fuesen sagrados, ¿qué pesadumbres no me han dado o cuáles no me han dejado de dar?"⁵²

Además de los ataques externos y de los conflictos internos suscitados por la publicación de la *Carta atenagórica*, sor Juana estaba sumida en una crisis existencial debido a que sentía fracasado su proyecto de vida. Recordemos que había aspirado a adquirir un saber universal y había pretendido ascender a la teología por medio del estudio de todas las disciplinas. Aunque avanzó en su propósito gracias a sus extraordinarias facultades mentales y logró convertirse en una de las mujeres más sabias de su tiempo, en la medida en que fue adquiriendo más conocimientos, se fue dando cuenta de que había estudiado "muchas cosas" y "nada" sabía y, más grave aún, se percataba de que había errado en el camino de llegar a Dios.⁵³ Plasmó esta inquietud en el poema "Primero sueño", considerado por muchos como la obra cumbre de su creación literaria. Ahora le parecía vano el esfuerzo y tiempo emprendidos en el estudio, por lo que confiesa a Santa Cruz "cuán contra la corriente han navegado (o por mejor decir, naufragado) mis pobres estudios".⁵⁴ Reconocer este fracaso debió ser muy amargo para ella, porque ponía en entredicho lo que había sido la esencia de su vida. Por lo tanto, "al aceptar las limitaciones del saber, se refugió en el no-saber de la teología y la mística",⁵⁵ y propuso como camino alternativo para llegar a Dios, "una continua oración y pureza de vida, para impetrar de Dios aquella purgación de ánimo e iluminación de mente que es menester para la inteligencia de cosas tan altas; y si esto falta, nada sirve de lo demás".⁵⁶ Mediante este reconocimiento aceptó el camino habitual que seguían las monjas para encontrar a Dios, que era el afectivo, no el intelectual, y anticipó la decisión que tomaría dos años después.⁵⁷

52 "Respuesta a sor Filotea de la Cruz", pp. 26-27.

53 Mauricio Beuchot, *Sor Juana, una filosofía barroca*, México, Seminario de Cultura Mexicana, 2018, p. 24

54 "Respuesta a sor Filotea de la Cruz", p. 26.

55 Beuchot, *Sor Juana, una filosofía barroca*, pp. 25-29.

56 "Respuesta a sor Filotea de la Cruz", pp. 21-22. Véase la interpretación de Mauricio Beuchot en *Sor Juana, una filosofía barroca*, p. 25.

57 Soriano dice de manera acertada que el "fin cardinal de su existencia no era saber, sino salvarse". *Sor Juana Inés de la Cruz. Doncella...*, p. 124.

Con la finalidad de esclarecer sus dudas sobre quiénes tenían la razón, los que la "aplaudían" y festejaban sus logros o quienes la criticaban y le presagiaban su caída y su condenación eterna, sor Juana pide asesoría a Fernández de Santa Cruz: "Si algunas otras cosillas escribiere, siempre irán a buscar el sagrado de vuestras plantas y el seguro de vuestra corrección",⁵⁸ y "recibo en mi alma vuestra santísima amonestación de aplicar el estudio a libros sagrados, que aunque viene en traje de consejo, tendrá para mí sustancia de precepto; con no pequeño consuelo de que aun antes parece que prevenía mi obediencia vuestra pastoral insinuación, como a vuestra dirección, inferido del asunto y pruebas de la misma carta".⁵⁹

5. Orientación espiritual de Fernández de Santa Cruz

Fernández de Santa Cruz responde a la carta de sor Juana el 20 de marzo de 1691, a pocos días de haberla recibido.⁶⁰ Como ya no se siente obligado a cuidar las formas (como lo había hecho en la que firmó como sor Filotea), utiliza un tono más impositivo y sus argumentos son más contundentes. Nuevamente muestra una gran destreza discursiva al combinar halagos con censuras, para que la monja lo perciba como alguien que la comprende, valora y apoya. Parte de los argumentos que ella había usado al exponerle sus problemas, pero en vez de reforzar sus planteamientos los utiliza para contradecirla y convencerla de la necesidad de abandonar las letras y dedicar su vida a Dios (véase el anexo 3).

Inicia la carta diciendo que para escribir a sor Juana dejó a un lado tareas apremiantes relacionadas con su ministerio. Recurre a la lisonja para minimizar su reclamo de que él editó la *Atenagórica* sin su consentimiento, al decirle que la publicación obedeció al interés que tuvo de dar a conocer la obra en Europa y demostrar así la existencia de notables "ingenios". Reduce los ataques y críticas que ella había sufrido a consecuencia de la publicación a un solo caso, el del "Soldado" español, y dice que éste arremetió en contra de ella por sentirse "lastimado y ofendido, al quedar

58 "Respuesta a sor Filotea de la Cruz", p. 59.

59 "Respuesta a sor Filotea de la Cruz", p. 12.

60 Esta carta fue publicada por Alejandro Soriano en *Doncella...*, pp. 469-484, quien se basó en una copia perteneciente a la Biblioteca Palafoxiana de Puebla.



deslumbrado por la sabiduría del escrito", es decir, nuevamente la alaba para hacerla sentir importante.⁶¹

Desahogados estos dos puntos, pasa al tema central de la carta: responder a las preocupaciones existenciales que sor Juana le había participado en su "Respuesta" y sobre las cuales le había pedido consejo. Le dice que, en correspondencia a que ella le había abierto su corazón, él le ofrece hacer lo mismo y hablarle de "corazón a corazón".⁶² Le muestra comprensión, al decirle que entiende su poderosa e irrefrenable inclinación hacia el estudio porque él mismo la ha padecido (y sabemos que en esto era sincero).⁶³ Califica dicha inclinación como "un vicio dorado, tanto más arriesgado, cuanto menos conocido, porque vestido del disfraz de la honestidad se apodera sin resistencia del corazón". Sostiene que el estudio excesivo (si no es controlado por la razón) convierte "la virtud clara de la estudiosidad" en "vicio" que "obstruye las venas afectivas de la voluntad", lleva a la autocomplacencia y al culto de la vana curiosidad y alimenta el amor propio.⁶⁴ Reitera que "el saber" puede malearse con el abuso, por lo que conviene "castigar a esta noble potencia aplicándola a lo más útil y apartándola con industria y suave destreza de lo que tiene más deleite que provecho", es decir, aparta a la persona del fin último al que debe aspirar que es la salvación eterna.⁶⁵ Le asegura que los problemas que su afición le había causado eran advertencias de Dios para curarla de su "enfermedad tan oculta, que se tiene por salud".⁶⁶ Dice que detrás de su afición está el demonio, quien a las religiosas "no hace guerra [...] con descubierta materia", sino "encubre el anzuelo con la apariencia de honestidad para que incautamente se trague, y da a beber el veneno azucarado con lo dulce de disfrazada virtud".⁶⁷

Afirma que santa Gertrudis (a quien ella había citado como ejemplo de mujer que leía, escribía y enseñaba)⁶⁸ padeció la misma "enfermedad"

61 Fernández de Santa Cruz, "Carta de Puebla de 1691", p. 470.

62 Fernández de Santa Cruz, "Carta de Puebla de 1691", p. 471.

63 De Torres, *Dechado de príncipes eclesiásticos...*, p. 397.

64 Fernández de Santa Cruz, "Carta de Puebla de 1691", p. 472.

65 Fernández de Santa Cruz, "Carta de Puebla de 1691", p. 472.

66 Fernández de Santa Cruz, "Carta de Puebla de 1691", pp. 472-473.

67 Fernández de Santa Cruz, "Carta de Puebla de 1691", p. 473.

68 Sor Juana, "Respuesta a sor Filotea de la Cruz", p. 15.

que ella. Dice que la santa se había "saboreado con la elegancia de los poetas profanos" y había aventajado en las ciencias naturales, teología y escrituras sagradas, pero que, a raíz de su labor intelectual, se entibió y apagó "la llama del amor divino que encendió Dios en su corazón", porque estaba dividida entre este último y los libros. Por lo tanto, Dios se retiró celoso porque "le hubiese usurpado parte de su afición", con la consecuencia de que ella "por demasiado entender" se vio "reducida al estado miserable de una vida común". Como la santa se dolió de esta falta, corrigió su debilidad y se "castigó" con lo que mereció "ser restituida a la cumbre de la perfección de donde cayó". Concluye que el "abuso del estudio retarda y resfría el fuego de la devoción" y le recuerda que la perfección religiosa debía ser mayor en una monja que en una seglar.⁶⁹

Después de descalificar su actividad intelectual, el obispo trata de vencerla de que el camino para llegar a Dios y, por ende, de salvar su alma, es la teología mística. Le recomienda que remedie su afición por el estudio con más "estudio", pero que, en vez de abordar ciencias "naturales, escolástica, teología y expositiva", concentre su atención en "practicar la mística teología", a la que le sugiere dedicar dos horas diarias. Las ciencias naturales le parecen infructuosas, ya que sólo hacen "doctas a las personas", mientras "la teología mística, las hace santas", porque es "altísima sabiduría [...], da sabor a la voluntad, que bebiendo de la misma fuente de la divinidad es inebriada con los inefables deleites y vehemencia del amor [...], es una ardentísima intuición, caliginosa claridad, altísimo conocimiento de Dios". Recordemos que él pertenecía a la corriente teológica que situaba a la mística por encima de la escolástica.

La obra recomendada es la ya mencionada *Práctica de la teología mística* de Miguel Godínez, publicada en 1681 por Santa Cruz, es decir, once años atrás. Está inspirada en el pensamiento de san Juan de la Cruz, santa Teresa de Ávila y Jan van Ruysbroeck, así como en los ejercicios ignacianos⁷⁰, y lleva de la mano a los practicantes hacia la perfección religiosa

69 Fernández de Santa Cruz, "Carta de Puebla de 1691", pp. 474-475

70 Loreto, "Oír, ver y escribir. Los textos hagio-biográficos y espirituales del padre Miguel Godínez, ca. 1630", en Asunción Lavrin y Rosalva Loreto López (eds.), *Diálogos espirituales, manuscritos femeninos hispanoamericanos siglos XVI-XIX*, México, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla / Universidad de las Américas Puebla, 2006, pp. 159-163.



usando un lenguaje sencillo, de fácil comprensión. Parte del supuesto de que "los hombres fueron creados para salvar sus almas mediante el servicio a Dios", y enumera los medios que tienen a su disposición para lograr este fin, que son: cumplir bien con la ley de Dios; no faltar a las obligaciones; quitar todos los estorbos; y servir a Dios como padre, haciendo obras de supererogación (es decir, actos que estaban por encima de lo obligatorio), como son ayunos, flagelaciones y otras mortificaciones.⁷¹

Aconsejar a sor Juana que se ocupara de practicar la teología mística tenía el propósito de reforzarla en la idea (que ella ya había expresado en la "Respuesta a sor Filotea") de que se llega a Dios a través de los sentimientos, no de la razón. Él define esta corriente teológica como "una dichosa ignorancia del entendimiento, que penetrando poco hace que la voluntad ame mucho, porque por lo inaccesible de la luz [de la razón] siendo confuso el entender, es ferventísimo el ejercicio de amar". Sostiene que es más importante amar a la Santísima Trinidad, que discutir cultísimamente sobre ella; conocer nuestras "torcidas inclinaciones" que saber de astronomía y astrología; y "hacer la guerra a nuestros males" que estudiar la historia de los reyes, saber los males ajenos y enseñarlos a la posteridad.⁷² Pondera a la teología mística como "la fuente de todos estos bienes, porque dispone la mente para recibir el singular ilapso [éxtasis contemplativo] de Dios". Además de ser el camino para alcanzar la salvación eterna, en vida hace a la persona "imperturbable en los peligros, en la ignominia feliz, en las tempestades sereno, en las adversidades constante, siempre libre, siempre tranquilo y siempre semejante a sí mismo". Compara el estado que llega a alcanzarse con un "Olimpo donde no llegan los vientos de los acasos para inmutarle, ni se le atreven deseos ni temores".⁷³

Para convencer a sor Juana de que practique la teología mística, refuerza su idea de que su pretensión de comprender los misterios divinos a través del estudio de "todas las ciencias" había sido vana y le pregunta: "¿Pues no es lamentable desgracia emplear tan breve vida en muchas de las ciencias, que aprendidas conviene olvidarlas, y no dar algo del

71 Miguel Godínez, *Práctica de la teología mística...*, pp. 60-61.

72 Fernández de Santa Cruz, "Carta de Puebla de 1691", pp. 475-476.

73 Fernández de Santa Cruz, "Carta de Puebla de 1691", p. 476.

tiempo a la sabiduría con que se compra la vida eterna?"⁷⁴ Le dice que le gustaría que fuera la teología mística la que le quitara el sueño y no sus preocupaciones científicas, y le desea que diario progrese en su estudio. Le pone como ejemplos de vida a san Jerónimo y santa Paula, quienes "lentos de ciencias" las usaron "como maravillosos medios para pasar a conocer más la hermosura y poder de su Creador y para encenderse en su amor" y, con ello, alcanzaron a vencerse a sí mismos y triunfar sobre sus pasiones.⁷⁵ Especifica que estos logros los obtuvieron mediante una "perseverante oración" y que con ella consiguieron tantos triunfos y "la eterna felicidad que gozarán para siempre".⁷⁶ Revierte su queja de que ella no tuvo maestros y que todo tuvo que aprenderlo de manera autodidacta, al decirle que la mística teología, que él considera "divina sabiduría", no requiere maestros, porque el mismo Dios "gustoso, deseoso y pronto" estaría dispuesto a enseñarle. Por último, le recomienda que con la misma intención y el mismo tesón que hasta ese momento había aplicado a las letras, se ejercite en la "escuela de la oración" y que confía en que, en pocos días, ella experimentaría las "suavidades de tan agradable ejercicio", que se encontraría entre quienes sólo suspiran por el cielo y que la liberalidad de Dios le comunicaría "un rocío de fuego divino semejante al que encendió a san Jerónimo y a santa Paula".⁷⁷ Lamentablemente no sabemos cómo tomó sor Juana esta carta y qué respondió al obispo.

El 31 de enero de 1692, Santa Cruz envió una nueva carta a sor Juana, ahora desde el santuario de San Miguel Arcángel. Por ella sabemos que ambos seguían en contacto, ya que era respuesta a una que la monja le había mandado (de la cual no conocemos el contenido), pero parece que fue corta, lo que él le reprocha. De ella se desprende que sor Juana todavía no estaba plenamente decidida a dedicarse por completo a Dios y abandonar sus intereses mundanos. Estaba estudiando griego, esfuerzo que Santa Cruz considera "infructuoso", porque los textos importantes escritos en tal lengua estaban traducidos al latín y, por lo tanto, ella podía consultarlos en esa

74 Fernández de Santa Cruz, "Carta de Puebla de 1691", p. 475.

75 Fernández de Santa Cruz, "Carta de Puebla de 1691", pp. 476-477.

76 Fernández de Santa Cruz, "Carta de Puebla de 1691", p. 477.

77 Fernández de Santa Cruz, "Carta de Tlaxcala de 1692", p. 482.



lengua. Le reprocha que ella se deleitara con el estudio del griego, lo que lo convertía en algo pecaminoso.⁷⁸

Al parecer Santa Cruz estaba decepcionado porque, aparentemente, ella no había atendido sus consejos de cambiar el rumbo de su vida, por lo que ya no le insiste en que practique la teología mística, sino que ahora trata de convencerla de que el estudio daña su salud: "La sed de su entendimiento no se sacia bebiendo, ni sus antojos se dan por satisfechos cumplidos, sino cortados, y así vuestra merced corrija y castigue su entendimiento, a favor de su salud, que me dice Lazcano, la tiene quebrantada y se arriesgará de conocido en la intención y demasía con que se emprenden nuevos estudios".⁷⁹ Además, ante la imposibilidad de convencerla de dejar la actividad intelectual, trata de orientar su talento hacia algo provechoso para él. Inicia el tema cuestionándola: "¿Hasta cuándo hemos de ver solamente flores? Ya es tiempo de que vuestra merced dé maduros y sazonados frutos, y pues está en estado de poder enseñar, no dé pasos ociosos al aprender".⁸⁰ Enseguida le sugiere que aborde algún asunto "donde mezcle algo afectivo de la voluntad" con los conocimientos que tiene, de cuanto ha leído; por ejemplo, que escriba sobre "el amparo y desamparo de Dios en Saúl", tema en el que, según él, podía "explayarse en documentos políticos, morales y místicos". Opina que podría realizar el trabajo sin estar demasiado presionada, sólo "ocupando los ratos que sobren de las demás útiles y religiosas ocupaciones" y le augura que "será diversión utilísima".⁸¹ No sabemos si ella respondió esta carta ni si siguieron en contacto.

Las recomendaciones del obispo debieron influir en la decisión que tomó sor Juana un año después, aunque seguramente no fueron la causa directa ni única de su cambio de vida, según lo afirman su hagiógrafo Miguel de Torres⁸² y el editor de *Fama y obras póstumas*, Juan Ignacio de Castorena.⁸³ Sin embargo, es probable que si el obispo la hubiera re-

78 Fernández de Santa Cruz, "Carta de Tlaxcala de 1692", p. 483.

79 Fernández de Santa Cruz, "Carta de Tlaxcala de 1692", p. 483.

80 Fernández de Santa Cruz, "Carta de Tlaxcala de 1692", p. 483.

81 Fernández de Santa Cruz, "Carta de Tlaxcala de 1692", p. 483.

82 De Torres, *Dechado de príncipes eclesiásticos...*, p. 121.

83 En el "Prólogo a quien leyere", José Ignacio de Castorena atribuye a Fernández de Santa



forzado en la idea de que iba por buen camino, ella habría seguido con su vida y quehaceres habituales. Pero esas son especulaciones vanas. La realidad fue otra.

Cruz el mérito de haber convencido a sor Juana de cambiar el rumbo de su vida: "tan por influencia divina de este luminar grande se desprendieron en exhortaciones aquellos consejeros rayos de verdades infalibles, que terminaron en obediencias de Juana, luz para su total desengaño y anhelo a mayor perfección". *Fama y obras póstumas*, p. [121].



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS